LÁGRIMAS S.A.

Un monologo escrito por Juan Paya

Cuando era chiquito no lloraba, me quemé un dedo intentando largar una lagrima y nada, lo único que conseguí es un callo en el índice que nunca se fue, una marca del aquel intento inútil por conseguir que salga gotas saladas de mis lagrimales. Fui a la clínica para ver si estaban obstruidos y no, estaban normales, lo único que conseguí es enamorarme de la médica que me atendió, y eso que yo era chiquito, pero bueno, fue inmanejable.

Inventé enfermedades solo para visitarla y verla, total era de la obra social de mi mamá, no se pagaba por consulta, no tenía costo, todo lo contrario, cada minuto invertido en mirarla eran puras ganancias.

No era algo sexual, yo era chico, simplemente me gustaba verla; Era muy hegemónica, extremadamente simpática, era la única mujer que manipulaba mi pene con libertad.

La doctora tenía un ambo celeste y un delantal blanco, siempre igual, siempre impoluta. Su perfume era único y sus anteojos le quedaban pintados. Me impactaba verla en acción, con su cola de caballo que se zarandeaba de aquí para allá, era correcta, inteligente y tenía los dientes blancos, tan blancos que le hacían juego con el delantal.

Mientras me atendía yo pensaba que la diferencia de edad en ese momento era mucha, pero dentro de unos años quizás no sería un problema. En el escritorio tenía unos caramelos muy pequeños, mentolados de cereza, imposible olvidarme de ellos, de su sabor.

Me entraban como 10 en la palma de mi mano. Me los llevaba y los comía todos pensando en ella.

Me raspé las rodillas adrede, invente una peritonitis, apéndice, dolores de estómago, de cabeza, le dije a mi madre que vomite y no era cierto... ¡guau! ¿Qué no hice para verla?

Una mañana, yo ya tenía mi próxima enfermedad pensada; Estaba esperando el momento justo para poder llevar a cabo el ardid.

Mientras desayunaba se acercó mi madre y me dijo: "Voy a cambiar de trabajo". Me alegré mucho por ella, hacia rato que no estaba conforme con lo que hacía, y de verdad se lo merecía, pero de golpe una duda interrumpió mi alegría. Algo se detuvo, parecía mi corazón, pero eran mis neuronas, que se chocaban entre sí para preguntarme, como si yo tuviese la respuesta, algo crucial que marcaría mi vida: ¿Tendrá la misma obra social?

Empecé a descomponerme, esta vez era real. Sentía que me bajaba la presión, ella me pregunto que me pasaba y temeroso, por la respuesta, le pregunte si cambiaria de obra social.

Me miró, sin entender mi pregunta absolutamente random. Ella esperaba una descripción de mi dolor y yo se la estaba dando, pero ella no lo sabía.

Sin peso en sus palabras me dijo: “No, ahora tengo una prepaga, mucho mejor”. El mundo explota en mil pedazos para mí. Tome aire y pegue el grito más grande de mi vida. Mientras el sonido ensordecedor salía de mi boca, las ondas expansivas denotaban dolor, mis ojos se animaron y por primera vez, lloré. Eran lagrimas gruesas, saladas, pesadas. Inundaban mi casa, salpicaban a mi madre, que... ¡pobre!, No tenía idea lo que me pasaba.

Lloré, lloré y lloré casi sin respirar. Me ahogaba en llanto. De pronto, mi mamá, con la intención de ayudarme me dijo: “Te llevo al médico... al nuevo que me dijeron que es muy bueno”

¡Nooooooooooooo!, grité y revoleé una tostada contra la pared. No quería al nuevo, quería a mi doctora, a la de siempre, a la de los dientes blancos radiantes, no quería otro. No quería que otro toque mi pene. ¡Nooooooooo!... Intentaba frenar mi llanto, pero el dolor era tan grande que caían lagrimas retroactivas por todo lo que nunca había llorado.

La santa de mi madre no entendía nada, me daba agua, me abrazaba, me pedía que pare, pero no podía. Era más fuerte que yo, o mejor dicho ya no era yo. Era una versión nueva de mí mismo, una versión diferente que podía sentir el dolor de un olvido inminente, un dolor atroz de un futuro amor que no fue... todo había cambiado para mí. Ya nada tenía sentido.

Este cambio era una bisagra en mi corta vida, el puto cambio de obra social de mi madre era un antes y un después. A partir de ahora, históricamente mi vida sería ANOS o D´NOS, o sea: antes de la nueva obra social o después de la nueva obra social.

Mis lagrimas caían violentamente, de golpe, sin pensarlo golpee la mesa con el puño cerrado, cual martillo de juez endiablado, mire fijo a mi madre, seque mis lágrimas y tome una decisión. “**Quiero ir con mi doctora**”, mi madre intento hablarme, pero interrumpí repitiendo mi sentencia: “**Quiero ir con mi doctora**”. Ella suspiro, espero que llegue la calma y entendió que era importante sostener a mi medica de cabecera. Pasaron los cuarenta y tres minutos más largos de mi vida, pero lo conseguí. Me senté en la camilla de mi doctora y contemplé una vez más su cola de caballo, su dentadura y su pulcritud. Llegaron a un acuerdo, no quise saber los por menores, pero ella sería mi médica de cabecera para siempre.

Mientras volvía a mi casa, disfrutando de los caramelos de cereza, me di cuenta la importancia de llorar, el llanto abre caminos, golpea puertas, hace visible los sentimientos. Genera una reacción en el otro y consecuencias.

Hoy, muchos años después, tengo mi propia empresa: “Lagrimas, Sociedad Anónima”. Hacemos cualquier tipo de llanto en cualquier tipo de situación. Lágrimas de alegría, de tristeza, de emoción, para velorios, fiestas, programas de televisión. Hay varios precios, que varían según la necesidad. El más barato es un llanto simple, el premium incluye escándalo, golpes, gritos.

Un ejemplo muy claro es: “el velorio de un ser querido, sin familiares demostrativos”, voy yo, me quedo al lado del cajón y lloro al muerto por un tiempo acorde al presupuesto.

Las lágrimas cambiaron mi vida, me ayudaron a tomar las riendas de mi futuro. Hoy estoy casado con una contadora, no con la princesa del ambo celeste, porque con el tiempo ese amor platónico fue menguando y cuando crecí dejé de verla, entonces no fue un amor eterno, pero fue lo suficientemente fuerte como para dejar huellas en mi personalidad.

Cuando conocí a la contadora, tuvimos un par de salidas en donde no se terminaba de concretar. No había beso, no había conexión, pero ella me encantaba. Un día la invite al cine y lloramos juntos viendo "Bajo la misma estrella"; Ese llanto de emoción me abrió las puertas de su corazón. Está claro que le tomé el gustito, hoy por hoy, no te hago nada sin llanto de por medio, porque para llorar hay que tener huevos.